

Reacciones en Europa, América y Asia ante la guerra ruso-ucraniana

Patricio Carmody*

Resumen: La guerra ruso-ucraniana ha tomado por sorpresa a la comunidad internacional. Si bien el ataque es inaceptable e ilegal para la gran mayoría de las naciones, algunos razonamientos desde el punto de vista de la geopolítica y de la política internacional realista, pueden ayudar a entender, aunque no a justificar, como se ha llegado a este conflicto.

A su vez, el impacto de esta guerra ha llevado a varias naciones a revisar o a reafirmar la naturaleza y algunos aspectos de sus políticas exteriores. Este artículo procura ilustrar, con algunos ejemplos, como esto ha ocurrido en Europa —Alemania, Francia—, en América —Estados Unidos, Argentina—, y en Asia —India, China—

Palabras clave: Guerra ruso-ucraniana - causas - política exterior - geopolítica

Abstract: The russian-ukrainian war has taken the international community by surprise. Although the attack is considered unacceptable and illegal by the great majority of nations, some points of view related to traditional geopolitics and to the International Relations realist approach, can help explain, although not justify, the road to this conflict.

In turn, the impact of this war has driven various nations to review or to reaffirm the nature and some aspects of their foreign policies. This article intends to illustrate, with some examples, how this has happened in Europe —Germany, France—, in America —USA, Argentina—, and in Asia —India, China—

Key words: Russian-ukrainian war - causes - foreign policy - reactions

RECIBIDO: 30 de junio de 2022; **ACEPTADO:** 7 de julio de 2022; **PUBLICADO:** 4 de agosto de 2022

*Especialista en Relaciones Internacionales. Ingeniero Industrial (UBA), MBA (Dartmouth College) y Doctorando en Relaciones Internacionales (École des Hautes Études Internationales - Paris). Completó programas de posgrado en la Kennedy School of Government (Harvard) y en Columbia-SIPA/ Banco Mundial. Trabajó dos décadas en Pepsico Inc. donde fue VP Global de Pepsico Foods (basado en Nueva York), VP en Asia-Pacífico (basado en Bangkok) y en Brasil (basado en São Paulo), además de cumplir funciones en Estados Unidos, España, Portugal, Argentina y Uruguay. Es el autor de los libros “Política Exterior al Fin del Mundo”, y “Buscando Consensos al Fin del Mundo”, y escribe regularmente en los diarios Perfil y La Nación.

Introducción

El violento estallido de la inesperada y traumática guerra ruso-ucraniana ha tomado por sorpresa a la comunidad internacional. Si bien el ataque es inaceptable e ilegal para la gran mayoría de las naciones de la tierra, algunos razonamientos del punto de vista de la geopolítica y de la política internacional realista, nos pueden ayudar a entender, aunque no a justificar, como se ha llegado a este preocupante conflicto.

A su vez, el impacto de esta guerra en pleno continente europeo ha obligado a varias naciones a revisar y a reafirmar la naturaleza y algunos aspectos de sus políticas exteriores. Este artículo procura ilustrar, con algunos ejemplos, como esto ha ocurrido en el corazón de Europa —Alemania, Francia—, en América —Estados Unidos (EE.UU.), Argentina—, y en Asia —India, China—. Los mencionados cuestionamientos o ratificaciones en materia de política exterior se verifican a nivel de sus estrategias internacionales, de sus políticas económicas y energéticas, y a nivel de seguridad.

Por último, el proceso de examinar estos replanteos y reafirmaciones nos sirve como base para identificar tanto los elementos comunes como las diferencias que existen en cuanto a la forma en que los países han reaccionado al conflicto.

Ucrania y su condena geopolítica

Ante la dramática guerra en Ucrania, la geo-estrategia —el manejo de los intereses geopolíticos— puede ayudarnos a explicar, aunque no justificar, algunas posiciones y acciones, tomadas por Rusia y EE.UU.

Según el inglés Halford Mackinder (1861-1947), considerado uno de los fundadores de la geoestrategia, una gran potencia marítima (el imperio británico) y una gran potencia continental (el imperio ruso) competían por el dominio de Eurasia. Ante este enfrentamiento, Mackinder afirmaba —simplificando y en términos actuales—, que: “Quien controla Europa del Este controla Eurasia, quien controla Eurasia controla el Mundo”.

En línea con Mackinder, para el ex asesor de seguridad norteamericano del presidente Carter (1977-1981), Zbigniew Brzezinski, este enfrentamiento por el dominio de Eurasia continúa, siendo hoy EE.UU. la gran potencia marítima. Pero la gran potencia continental no sería sólo una —como lo fue el imperio ruso—, sino que serían dos: Rusia y China.

Para Brzezinski el principal trofeo geopolítico para EE.UU. sigue siendo Eurasia, agregando que la primacía global de EE.UU. depende directamente de cuánto tiempo y que tan efectivamente pueda sostener su preponderancia allí. Eurasia es, entonces, el tablero de ajedrez en donde se jugará la primacía global. Pero Brzezinski afirma que Europa del Este no es hoy la única, sino una de tres regiones geográficas desde donde se puede basar el dominio sobre Eurasia. Las otras dos se encuentran al Sur y al Este del continente asiático.

Pero para Rusia, Europa del Este sigue siendo la geografía clave en su disputa por Eurasia. Por ello, el avance de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la Unión Europea (UE) hacia el Este europeo ha sido un proceso que causó suma preocupación en Moscú. Con éste, avanzaron también los intereses geopolíticos de EE.UU.

Este avance de Occidente hace que Ucrania tenga hoy para Rusia un rol geopolítico de crítica importancia. En términos geopolíticos, Ucrania es, por su ubicación geográfica, lo que se denomina un país “pivote”. Esto quiere decir, según Brzezinski, que puede tener un rol preponderante en dar acceso a ciertas áreas geográficas críticas, o en privar de recursos, a alguna potencia importante. Un país “pivote” puede también actuar como un escudo defensivo para una gran potencia. En el caso de Ucrania, su independencia bloqueó en gran parte el acceso de Rusia a los mares cálidos —Negro y de Azov—. A su vez, privó de recursos a Rusia en materia de carbón, gas —la segunda reserva en Europa después de Noruega—, y de importantes capacidades industriales, de uso civil y militar. También cumple con la tercera premisa: la de poder actuar como un escudo defensivo para Rusia frente a la OTAN.

Siguiendo este razonamiento geoestratégico, Rusia debería primero buscar mantener a Ucrania como un escudo defensivo ante Occidente, evitando que se incorpore a la OTAN. Lo segundo debería ser, procurar el reconocimiento formal de su dominio sobre el Donbass —acceso a recursos. Lo tercero sería lograr retener lo más posible del área costera que va de Crimea hasta el Donbass —acceso a los mares cálidos.

El gran politólogo francés Raymond Aron, quien apreciaba varias ideas de Mackinder, advertía que este tipo de análisis en base a esquemas geográficos, y que pretende ser científico, muchas veces se ha transformado en una ideología para justificar conquistas territoriales.

La vigencia de la política internacional realista

Las naciones de Europa y EE.UU. han respondido con comprensible indignación, angustia y vastos bloqueos económicos a las enormes atrocidades que están siendo cometidas por el gobierno del presidente ruso Vladimir Putin en suelo ucraniano. Pero no parecen haber tomado real conciencia en su momento de algunos lineamientos básicos de una diplomacia de tipo realista, o haber tenido una adecuada perspectiva histórica, como para evitar esta colosal tragedia en suelo europeo. Quizás sea conveniente tener en cuenta estos lineamientos al meditar sobre los términos en los que el fin de este lamentable conflicto pueda ser negociado y acordado.

El mencionado Raymond Aron afirmó “que, aunque sea tal vez humano, es en vano cultivar la nostalgia de la diplomacia amoral y mesurada del equilibrio de poderes. Esta nostalgia es en esencia retrospectiva” (1962, p. 144)¹. Sin embargo, dados los dramáticos sucesos en Ucrania, los lineamientos de una diplomacia realista se han convertido en actuales y hasta en prospectivos. Así, este texto no pretende ser un justificativo de la injustificable acción rusa, sino presentar algunos lineamientos de la

¹ Todas las citas del texto de Aron (1962) han sido traducidas por el autor.

política internacional realista que pueden ayudar a comprender lo que ha pasado, y a encontrar un mecanismo negociado para detener esta guerra.

Un primer lineamiento es el expresado por Aron: “Los Estados, se encuentran comprometidos en una competencia incesante, donde sus existencias están en juego” (1962, p. 572). En caso de conflicto “es raro que todos los agravios provengan de un solo lado, y que una de las partes sea totalmente pura”. En este contexto “el primer deber —político y moral— es de comprender a la política entre las naciones por lo que realmente es, de tal manera de que cada Estado, legítimamente preocupado por sus intereses, no sea completamente ciego a los intereses de los otros” (1962, p. 572).

Así, luego del final de la guerra fría, Alemania tuvo un extremo cuidado con respecto a los intereses rusos. Al lograr negociar la unidad alemana, el canciller Helmut Kohl y su ministro de relaciones exteriores Hans-Dietrich Genscher fueron sorprendidos en diciembre de 1989 por el secretario de Estado norteamericano James Baker, quien afirmó públicamente que Alemania sería una, y miembro de la OTAN. Preocupados por la reacción rusa, Genscher llegó a presentar, junto a Baker, una propuesta de no expansión de la OTAN hacia Europa del Este, que el canciller ruso Schevardnadze oyó con gusto. Sin embargo, según un estrecho colaborador de Genscher, Frank Elbe, esto no llegó a ser confirmado formalmente. Con el tiempo, según Elbe, EE.UU. y la OTAN dejaron de darle demasiada importancia a los intereses rusos. Así, la OTAN se expandió hacia el Este, primero atendiendo al legítimo pedido de defensa de varias naciones ante la histórica amenaza rusa, y luego hasta incorporando territorios pertenecientes a la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), como los países bálticos. Esto ocurría ante una Rusia sumamente debilitada, que poca resistencia podía ofrecer ante una penetración de la OTAN a lo que consideraba su esfera de influencia. Pero una ya re-fortalecida Rusia sí ha podido enérgicamente manifestar su posición con respecto a Ucrania, un territorio que según el ex secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, nunca fue considerada como tierra extranjera, y que Putin considera de interés estratégico vital.

Un segundo lineamiento, como ha expresado Kissinger, es que un orden internacional con buen funcionamiento debe proveer el suficiente espacio como para acomodar a los diferentes intereses nacionales. En este sentido, el territorio actual de Ucrania es para Rusia de interés estratégico vital y está dispuesto a defenderlo. Más allá de ser el granero histórico de Rusia, y su salida al mar Negro y al de Azov —mares cálidos que dan acceso al Mediterráneo—, Ucrania ha sido y es, según Zbigniew Brzezinski, crítico para sostener —con sus 44 millones de habitantes eslavos, o parte de ellos— las características de una auténtica potencia euro-asiática.

Si bien Ucrania como pueblo y como unidad geográfica variable existe hace siglos, casi siempre ha estado estrechamente ligada al imperio ruso o a su sucesora, la URSS. Las fronteras actuales de dicho Estado fueron impuestas arbitrariamente por los mandatarios soviéticos. Así, se amalgamaron dentro de sus fronteras actuales, la “república” de Galicia (ex imperio Austro-húngaro, que incluye a Lviv), la parte sur de Besarabia (ex Moldava/rumana)) y la gobernatura general de Taurida. Para complicar la escena, Odessa había sido fundada por decreto por Catalina la Grande, convirtiéndose luego en la “capital del Sur” de Rusia y de la URSS, y en el escenario de la épica película “Acorazado Potemkin” de Sergei Eisenstein. Por su parte, Crimea, fue el escenario de la célebre carga de la caballería ligera —durante la guerra de Crimea en 1854—, que

Lord Tennyson inmortalizó en su recordado poema, donde 600 jinetes británicos cabalgaron contra cañones, rusos y cosacos, pero no contra ucranianos.

Un tercer lineamiento no suficientemente considerado ha sido el expresado por Kissinger: “condiciones propuestas que no sean defendidas equivalen a una rendición” (1994, p. 696). Rusia se ha manifestado numerosas veces contra incluir a Ucrania en la OTAN, comenzando luego de la reunión en Bucarest en abril del 2008. Allí el gobierno de George W. Bush presionó a la OTAN para que anuncie que Ucrania y Georgia se convertirán en miembros. Esto aparentemente disgustó en extremo a Vladimir Putin, quien afirmó que, si Ucrania se une a la OTAN, lo hará sin Crimea y sin la región oriental. Aunque Rusia resaltó varias veces esta “línea roja” de su política exterior — Moscú quedaría a 600 kilómetros de la OTAN—, su parecer no fue tomado en cuenta. Cuando recientemente pidió que se renunciara formalmente a incluir a Ucrania en la OTAN, recibió la respuesta directa del secretario de Estado norteamericano Anthony Blinken: “No hay cambio. No habrá cambios”. Dado que Ucrania no parece ser un interés vital ni para EE.UU. ni para la OTAN, el no renunciar formalmente a incluir a Ucrania a la OTAN, pero sin estar dispuesto a defender militarmente esta posición, fue equivalente a una rendición de facto del territorio ucraniano, en los ojos de los rusos.

Un cuarto lineamiento es no dejar la decisión sobre si se debe agravar el nivel y la intensidad del conflicto, en manos de un territorio o nación a los cuales una potencia — en este caso EE.UU.—, y sus aliados —en este caso Europa— no se han comprometido a defender militarmente. A su vez, como ha señalado Kissinger, Ucrania es una república joven de sólo 23 años, sumamente dividida entre una mitad occidental pro-europea — mayoritariamente católica— y otra mitad oriental prorrusa —mayoritariamente ortodoxa—, y cuyos líderes no han sido proclives a la negociación ni a nivel interno, ni a nivel internacional. Esto se ha verificado cuando el gobierno ucraniano ha tomado posiciones extremas como requerir una zona de exclusión aérea en su territorio — comprensible a nivel nacional—, que sólo puede ser implementada por la OTAN, y que llevaría a un enfrentamiento aéreo o tierra-aire directo con Rusia —otra superpotencia nuclear— de consecuencias impredecibles a nivel global.

Un quinto lineamiento que no ha sido tenido en cuenta, pero que debe ahora cobrar una mayor relevancia es el enunciado por el célebre diplomático norteamericano George Kennan: “la tarea de mantener la paz mundial será abordada de la mejor manera no a través del establecimiento de rígidas medidas jurídicas, sino más bien a través de los procedimientos tradicionales asociados a la prudencia política”. A esto, Raymond Aron agregaba:

ser prudente es actuar en función de una coyuntura singular y de hechos concretos, no en función de un espíritu de sistema o por la obediencia pasiva a una norma o pseudo-norma, es preferir la limitación de la violencia al castigo del presunto culpable. (1962, p. 573)

En este contexto, al intentar identificar los términos de un posible acuerdo, parece evidente que la OTAN debe renunciar formalmente a la incorporación de Ucrania —el punto más ofensivo para Rusia—. Ucrania debería poder elegir su sistema económico, y hasta unirse a la UE, si así lo desea. Pero lo más complicado será acordar qué territorio seguirá ocupando Ucrania, luego de la anexión de Crimea en 2014, y la ocupación actual rusa de territorios al Este de Ucrania y sobre el Mar Muerto y el Mar de Azov. Al buscar un acuerdo, el objetivo no debe ser, según Kissinger, el lograr la satisfacción absoluta de ambas partes, sino una balanceada insatisfacción.

Para resolver el laberinto ucraniano, los diplomáticos de EE.UU. y Europa deben aplicar la clase de diplomacia descrita por Raymond Aron:

Este tipo de diplomacia —que tiene en cuenta el equilibrio de poderes—, es realista, y hasta incluso cínica, pero es moderada y razonable. A su vez, cuando los efectos devastadores de otros tipos de diplomacia aparecen trágicamente a la luz del día (como en el caso actual de Ucrania), esta sabiduría sin ilusión parece retrospectivamente no sólo tomar la forma de un modelo ideal, sino que se convierte en un ideal (1962. p. 140).

Europa y EE. UU ante la guerra ruso-ucraniana

Ante esta impensada guerra es útil notar que algunas diferencias de visión entre los gobiernos de la UE y EE.UU., pueden no haber ayudado a evitar esta catástrofe. Esto se notó en lo geopolítico, en política exterior, y en lo militar, sin permitirles actuar en forma firme y monolítica, antes de la invasión rusa. Así, esta guerra ha llevado a revisar posturas europeas y afirmado conductas de EE.UU., ante un conflicto sin un inminente final.

En lo geopolítico, la visión norteamericana ha sido diferente de la de Alemania y Francia. Como afirma el profesor norteamericano John Mearsheimer, el conflicto ucraniano es un vestigio del “momento unipolar” norteamericano, donde ante una debilitada Rusia, se extendieron la UE y la OTAN hasta las fronteras con Ucrania, Belarús y Rusia. Si esto era justificable por dar protección frente a Moscú, y expandir la democracia, para Rusia esto representaba una doble amenaza —militar e ideológica. Por ello esta expansión no sería soportable para Moscú si incluyera a Ucrania. Así lo afirmaron Henry Kissinger y George Kennan, autor de la estrategia de *containment* (contención) de la Unión Soviética. Kennan afirmó que la extensión de la OTAN sería un trágico error, y que podría llevar a una tercera guerra mundial. Si bien las primeras fases de expansión de la OTAN hacia el Este no la provocaron, incluir a Ucrania si la puede causar.

Sin embargo, la visión norteamericana de construir un puente democrático y de seguridad —Francia, Alemania, Polonia, Ucrania—, que actuara también como un puente geopolítico hacia el corazón de Eurasia, se ha mantenido firme. Para Zbigniew Brzezinski, Europa sirve como el trampolín de la democracia en Eurasia, y dado que la primacía norteamericana se fortalece con la expansión de la democracia, este trampolín también sirve para avanzar los intereses de EE.UU. y potencialmente debilitar a Rusia.

Pero Europa no compartía la visión norteamericana de considerar a Rusia como un enemigo permanente, por razones históricas, económicas y ante el creciente poder de China. No comprende porqué es mejor que China y Rusia se unan entre sí, en vez de estar distanciados. Y que un bloque sino-ruso ocupe Eurasia. Así, el presidente Emmanuel Macron notó que la relación con Rusia estaba peor que durante los últimos 30 años con la Unión Soviética, y que eso no podía beneficiar a los intereses franceses. Dentro del espíritu *Gaulliano* de una Europa “del Atlántico al Ural”, había que re-arrimar Rusia a Europa. En la misma línea, Alemania venía implementando su *Ostpolitik* (política hacia el Este), desde la época del *Kanzler* Willy Brandt (1969-1974), que consistía en el acercamiento a Rusia, mediante mecanismos políticos, económicos, tecnológicos y culturales.

En términos de política exterior, EE.UU. parece tratar a Europa como un aliado *junior* en este conflicto. Esto se evidenció en la visita de la ministra de relaciones exteriores alemana, Annalena Baerbock, a Washington, donde le solicitó a Antony Blinken, que Europa quería estar presente cuando se trataran los intereses europeos. Pocos días después, Blinken afirmaría en Kiev que Ucrania estará presente cuando se traten los intereses de Ucrania. Este trato es consecuencia de que si EE.UU. y Europa comparten los mismos principios democráticos, los norteamericanos no dudan en utilizar la presión militar para imponerlos, mientras que Europa opta, en general, por una evangelización pacífica. Se nota desde 1945 la reticencia de los europeos en pensarse como potencias, con la posible excepción de Francia. Así, Alemania se ha sentido cómoda con estar defendida por EE.UU. y no herir susceptibilidades en su vecindad. Por su parte, los Estados de Europa del Este tienden a ser pro-americanos y pro-OTAN. Esto le permite a EE.UU. tener una influencia política directa en el continente y sobre la UE.

En lo militar, la expansión de la OTAN a Ucrania, ha sido el principal motivo de discordia entre EE.UU. y la UE —en especial Alemania y Francia—. La lealtad de Alemania hacia EE.UU. ha sido condición esencial para su supervivencia, mientras que Francia ha buscado desarrollar grados de independencia militar europea, incluyendo lo nuclear. En la reunión de la OTAN en Bucarest en 2008, ambas naciones se opusieron a la iniciativa de EE.UU. de incorporar a Ucrania, con Angela Merkel diciendo que esto era una locura. Pero no lograron evitar que la declaración final señalara que Ucrania sería miembro en el futuro. En esta línea, Antony Blinken confirmó poco antes del actual conflicto, que el proyecto de incorporar a Ucrania a la OTAN continuaba: “no hay cambios, no habrá cambios”. Los desacuerdos ya se habían hecho evidentes en la fallida implementación del acuerdo Minsk 2 —firmado en 2015—. Allí, los europeos presionaron para que Ucrania diera más autonomía a Donetsk y Lugansk, mientras que EE.UU. no lo hizo, convirtiéndose en un tácito aliado de la extrema derecha ucraniana, que obstaculiza a Zelenski a llegar a una solución pacífica. Con Putin convirtiéndose en un involuntario unificador de Occidente, estas diferencias previas se harían menos evidentes.

La guerra ha terminado con la ilusión europea de vivir, según el ex-ministro francés Hubert Védrine, en un mundo pos-trágico. A su vez, ha desatado una desconfianza profunda hacia Rusia y generado un tremendo *shock*, particularmente en Alemania, ante el derrumbe de su *Ostpolitik*. Según el ex-ministro de relaciones exteriores alemán, Joschka Fischer, hay que aprovechar este *Zeitenbruch* (tiempo de ruptura), para fortalecer el sentido de misión común en Europa, haciéndola más fuerte, resiliente y autosuficiente. Esto es crítico para avanzar sus intereses geopolíticos en un mundo de rivalidad entre grandes potencias y para que Europa sea tratada como un socio *senior* por EE.UU. y no como un aliado *junior*. A su vez, se ha aprendido de la heroica resistencia ucraniana que “nadie peleará por ti, por tu familia, y por tu país, tan determinadamente como tú lo harás”. Esto debe llevar a desarrollar el más alto nivel de protección militar en el flanco este de la UE, y tanto la UE como la OTAN deben financiarlo. Si esto se cumple, la UE se convertirá en un real actor geopolítico.

Hoy no es sencillo vislumbrar un fin inmediato al conflicto. A la UE, más allá de lo económico, no le conviene una guerra cercana, y que puede escalar con consecuencias inimaginables. Así, se ve ante un escenario indeseado y similar al de una “respuesta flexible” de EE.UU. a la Unión Soviética. En este escenario, una segunda etapa del enfrentamiento convencional entre Occidente y Rusia, tendría lugar en suelo de la UE, y

podría sumar componentes nucleares. Por su lado Washington, a la distancia, parece querer darle una lección a Rusia y, según dice Mearsheimer irónicamente, está dispuesto a luchar hasta “el último soldado ucraniano” para lograrlo. Para ello aprobó préstamos de armas a Ucrania similares a los que se otorgaron a Churchill, para enfrentar a la Alemania Nazi.

Para Rusia, tanto el avance de la OTAN en lo militar como el de la UE en lo ideológico hacia Ucrania, son amenazas existenciales. A su vez, su interés de controlar un corredor terrestre entre Crimea y el Donbass sigue siendo un objetivo geopolítico clave para asegurar el acceso al Mar Negro y al de Azov. Con ello aseguraría también el control de los recursos de la zona: gas, carbón, e importantes industrias —civiles y militares—.

Dados estos factores, EE.UU. y Rusia procuran la victoria, sin querer dar un paso atrás, lo que puede prolongar durante años el conflicto. Si bien el presidente Zelinski ha dicho que Ucrania no podría pertenecer a la OTAN, sería complejo mantener la integridad territorial de Ucrania. Rusia no parece querer absorber territorios ucranianos, pero sí controlar algunos mediante la creación de repúblicas independientes, como lo ha hecho en el caso de Lugansk y Donetsk. Así, existe el proyecto de una república de Kherson —al noroeste de Crimea—, que podría ser replicado para formar un corredor terrestre entre Crimea y el Donbas. Pero un desmembramiento de Ucrania sería difícil de aceptar tanto para la derecha ucraniana como para EE.UU. Por su parte, Zelensky ha manifestado que cualquier solución debe ser aprobada por el pueblo ucraniano, aunque no parezca haber todavía una propuesta obvia o aceptable para todas las partes.

La Unión Europea ante EE.UU. y China en el contexto de la guerra en Ucrania

La Unión Europea ha venido reflexionando sobre cuál es el rol que debe asumir ante un escenario global donde se observa una multifacética competencia entre EE.UU. y China. Una entidad política que se sentía cómoda viviendo en una era post-trágica, debe ahora encontrar la manera más eficiente y equilibrada de defender sus intereses a nivel global en el contexto de esta rivalidad entre dos colosos, luego de la traumática experiencia de la pandemia y del inicio del conflicto ruso-ucraniano.

Europa ha interactuado con China a nivel económico, financiero y comercial desde la sorprendente irrupción de China en el escenario global. La prodigiosa ascensión china fue el producto de la visión del Deng Xiaoping (1904-1997), quien inspirado en Lee Kwan Yew —fundador de la Singapur moderna— cambió a China con sus reformas económicas a partir de 1979, y en consecuencia al mundo. Curiosamente, Deng había estudiado y trabajado en Francia entre 1921 y 1924, con el objetivo de “aprender el conocimiento y la verdad de Occidente para salvar a China”. Durante el proceso de crecimiento chino, Europa ha contribuido con inversiones y tecnología tanto para atender el mercado local como para potenciar las exportaciones desde China. A su vez, ha desarrollado un enorme mercado receptor para sus valiosas exportaciones en diferentes campos, como automotores y bienes de lujo, maquinarias y equipamientos de producción, alimentos y bebidas *premium*, la industria de la moda, y diversos productos industriales de alta calidad y/o precisión. Por su parte, China destina exportaciones de carácter complementario a Europa, mientras busca aumentar sus inversiones en materia de puertos marítimos europeos —incluyendo Hamburgo, el Pireo, Génova, Valencia, Marsella y Rotterdam— y aeropuertos europeos —incluyendo Frankfurt, Toulouse,

Maribor y Plovdiv—, para que actúen como puntos de llegada y salida en su red logística global. Sin embargo, China impresiona, pero no seduce, temiéndose una agresiva expansión económica y comercial en Europa, motorizada por empresas paraestatales chinas. A su vez, la dependencia de China en ciertos productos, como quedó demostrado en el caso de medicamentos durante la pandemia del Covid 19, está siendo cuestionada, con llamados al *onshoring* —acercar parte de la producción a Europa—, o a diversificar su origen.

Por su parte, la relación entre la UE y EE.UU. ha pasado por momentos de tirantez en los últimos años y algunos de los focos de tensión se han potenciado con el conflicto ruso-ucraniano. El ex-presidente Trump llegó a denominar a la UE como enemiga, a criticar a Alemania por su relativamente baja contribución a la OTAN, y hasta sancionar a Berlín, a causa de la construcción del ya famoso gasoducto Nordstream 2 desde Rusia. Por su parte, en Europa no se podía dejar de sospechar de una presión de EE.UU. para poder vender a Europa su excedente Gas Licuado Natural, en base al *shale gas*, que es justamente lo que hoy está ocurriendo a causa del conflicto en Ucrania.

Más recientemente el presidente Joseph Biden ha hablado de “una Europa entera, libre y en paz”. Pero al no hablar de una “Europa soberana” ha tocado una fibra en el continente, donde se discute hasta qué grado se debe asumir la responsabilidad por su propia defensa, en manos de EE.UU. desde la segunda guerra mundial. Mientras que Antony Blinken habló de una “OTAN reconstruible”, los europeos pretenden que no sea reconstruida con la alianza “tolerando” a la UE, sino con una UE considerada como condición necesaria para la duración de dicha alianza. Sin embargo, aunque Europa pretende obtener más grados de autonomía con respecto a EE.UU., es claro que, en el conflicto ruso-ucraniano, EE.UU. está tratando a la UE como un aliado *junior*, en vez que como un socio *senior*. En definitiva, en palabras del ex-canciller francés Hubert Védrine, para que en este contexto exista una verdadera sociedad, tiene que haber un socio mayor dispuesto a aceptar a un socio por ahora menor, quien a su vez debe estar preparado para asumir todas las responsabilidades que esto conlleva. Por su lado, el ex-ministro alemán Klaus Von Donanyi admite que mientras EE.UU. mantenga el monopolio sobre las decisiones en el conflicto con Rusia, no existirá una Europa soberana.

A su vez, la UE ha sentido el impacto de la “diplomacia incansable” del tándem que forman el presidente Biden y Antony Blinken, procurando enlistar a Europa en una comunidad de naciones basada en valores, que debe confrontar con China. Para Von Donanyi, el enfrentamiento que propone EE.UU. con China es sumamente perjudicial y peligroso. Considera también que la estrategia norteamericana tiene componentes irrealistas como la idea de “contener” a China, en el entorno del Indo-pacífico. Para colmo, la reciente ruptura de un contrato por parte de Australia para comprar submarinos franceses, para reemplazarlo con un contrato para comprar submarinos norteamericanos, no ayudarán a EE.UU. a atraer el apoyo europeo a esta estrategia. A su vez, la UE considera que no favorece a sus intereses distanciarse de China del punto de vista económico y comercial. Así, Von Donanyi asegura que un conflicto entre China y Occidente afectaría negativamente los intereses de ambas partes, y los del mundo en general.

Una visión desde el Asia desarrollada, la del prestigioso diplomático de Singapur Kishore Mahbubani, es de interés en cuanto al futuro de Europa. Desde hace décadas

Mahbubani ha venido informando y alertando a Occidente sobre el rápido desarrollo de China, pero considera que la evolución de China ha sido más rápida de lo que él mismo pensaba. En consecuencia, cree que hace falta una Europa fuerte para equilibrar el sistema EE.UU./China actual. Por ello cree que Europa debe actuar en forma más maquiavélica, y ser capaz de pensar y defender sus intereses a largo plazo, que no siempre coinciden con los de EE.UU.

A su vez, Mahbubani también asevera que la política de contención que EE.UU. pretende implementar con respecto a China, en el entorno del denominado Indo-pacífico, es irrealista y que no funcionará, dado el poderío chino en diversos aspectos. Pero cree que el llamado choque de civilizaciones entre EE.UU. y China no está necesariamente condenado a la fatalidad, sino que puede existir una convergencia en el tiempo en varios planos. Aunque reconoce que en el plano de los valores —derechos individuales— la contradicción es central. Así, cree que el enfrentamiento entre EE.UU. y China puede ser gerenciado si Occidente renuncia a imponer “sus valores”.

En este contexto, Hubert Védrine afirma que Europa debe ayudar a prevenir este enfrentamiento y ve, en consecuencia, con buenos ojos la iniciativa del presidente francés Macron de posicionarse como campeón de un multilateralismo basado en resultados concretos. Védrine afirma que Europa por supuesto seguirá siendo una aliada de EE. UU, aunque no estará siempre alineada. Y que Europa debe ser lo suficientemente sagaz para revigorizar la relación transatlántica, aprovechando la disposición en ese sentido de la administración Biden, pero manteniendo relaciones diversas y variadas con China. Esto le permitiría a la UE evitar una elección “radical, binaria, exclusiva y desastrosa” entre las dos potencias.

India ante el conflicto en Europa

El impacto del conflicto ruso-ucraniano se ha sentido a varios niveles en el caso de Asia. Un ejemplo interesante es el caso de la India, donde se pueden observar tanto los impactos de corto plazo, como los profundos desafíos a su posicionamiento regional y global en varios niveles. A su vez, este conflicto armado en Europa, nos permite analizar aspectos de la sofisticada visión en materia de política exterior de la India, con respecto a la guerra y a sus consecuencias.

La India está enfrentando dilemas muy complejos en términos de política exterior a causa del conflicto ruso-ucraniano, dada la tensión existente entre sus históricas alianzas regionales, y su creciente acercamiento a EE.UU. Desde su independencia, India ha adoptado una posición de país no alineado. Pero en la última década esta posición ha evolucionado a lo se puede llamar un “no alineamiento 2.0”, donde tomando consciencia de su nueva dimensión como potencia emergente, procura maximizar sus grados de autonomía en un mundo multipolar. Históricamente India ha tenido enfrentamientos militares principalmente con dos países. El primero ha sido Pakistán — su hermano-enemigo—, con el que nacieron juntos como Estados al lograr la independencia de Gran-Bretaña (1947), pero con el que ha tenido cuatro guerras. El segundo es China, con quien estuvo en guerra en 1962, y con el que mantiene seguidos incidentes fronterizos. Ante estos desafíos militares, el proveedor tradicional de armas para India ha sido la USSR y luego Rusia. Pero, superando una cierta desconfianza hacia lo anglo-sajón, India comenzó una política de acercamiento a EE.UU. a inicios de este siglo. Pero la mayoría de su *stock* de equipamiento militar es de origen ruso, y hoy

compra tanto equipamiento militar a Occidente, como a Rusia. Esto hace que tenga que manejarse con extremo cuidado ante el conflicto ruso-ucraniano. India, que es miembro del G20 y del grupo BRICS, y que además aspira a ser miembro permanente del consejo de seguridad de la ONU, debe realizar un delicado equilibrio en la “cuerda floja” de su política exterior, a la que el ex-diplomático y autor indio Shashi Tharoor ha definido como multialineada.

A nivel de la política internacional actual, India se abstuvo de votar 12 resoluciones en el Consejo de Seguridad de la ONU —como miembro no-permanente— que condenaban la invasión rusa. Tampoco ha criticado la guerra y en sus declaraciones oficiales nunca ha mencionado a Rusia por su nombre. A su vez, India ha llamado a desescalar y retornar al camino de las negociaciones diplomáticas y al diálogo. Con este mensaje, el primer ministro indio, Narendra Modi, se comunicó dos veces con Vladimir Putin, y dos veces con el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky. Por su parte, logró sacar 23000 ciudadanos indios de Ucrania, la mayoría estudiantes.

Según el ex consejero de seguridad indio, Shavshinkar Menon, la India ha actuado bien en términos generales, ante un evento inesperado y dramático en Europa, defendiendo sus intereses. Sin embargo, él hubiera preferido que se reconozca que hay una guerra y que hay un agresor, aunque no se lo nombre, para poder dar más credibilidad a la posición india de que la guerra no es la solución y que hay que desescalar. Frente a las críticas norteamericanas por no condenar a Rusia, Menon considera que hay responsabilidades de ambos lados en esta contienda: Rusia y la OTAN-EE.UU. A su vez afirma que a pesar del creciente acercamiento en los lazos entre India y EE.UU., las dos partes nunca han estado 100% de acuerdo en todos los temas. Y que la visión norteamericana de que, si en este conflicto una nación que no está a su favor, está entonces en su contra, es puramente una apreciación y decisión que EE.UU. decide hacer.

A nivel económico, se puede decir que la India viene “piloteando la tormenta” de manera aceptable. Como tantos países, ha sufrido las consecuencias de que este mundo globalizado e interdependiente no esté demasiado preparado como para enfrentar guerras, las sanciones económicas resultantes, roturas en las cadenas de producción o restricciones en el flujo del dinero. En cuanto a importaciones de Ucrania y Rusia, los precios han subido drásticamente en el caso de fertilizantes y en especial del petróleo, cuyo precio ha evolucionado desde 75 dólares por barril, a por encima de los 100, con picos de entre 130-140, lo que afecta en gran medida los presupuestos gubernamentales. Ante críticas de Occidente que acusaban a India de seguir comprando petróleo ruso, el ministro de relaciones exteriores indio, S. Jaishankar, llegó a decir en abril que las compras indias de un mes, equivalían a lo que Europa compraba en una tarde, y que el consumo de petróleo ruso no representaba más que el 1% o 2% del total. En materia de alimentos, se ha verificado una suba sustancial en el precio del girasol, donde el 70 % de las importaciones provienen de Rusia. A su vez, el aumento del precio internacional del trigo —del que Rusia y Ucrania son grandes exportadores—, y la consecuente suba de precios internos, ha hecho que India prohíba sus exportaciones de trigo. Al comparar a nivel regional, a India le ha ido relativamente bien, ya que Sri Lanka ha tenido que declarar el *default* de su deuda, y en Pakistán, la mala situación económica ha contribuido a la caída del gobierno de Imran Khan.

A nivel estratégico-militar es importante reiterar el alto nivel de armamento ruso del que dispone India, como también el rol creciente de las importaciones militares de Occidente. Así, su sistema de defensa contiene varias plataformas rusas que representan el 70% de su equipamiento militar. Sin embargo, si las importaciones militares desde Rusia representaban anualmente el 85% del total en 2002, hoy representan solamente un 35% del total, con el 65% restante viniendo de Occidente —EE.UU., Gran Bretaña, Israel—. A nivel de estrategias regionales, Shivshankar Menon no considera que los votos de India en la ONU, afecten el funcionamiento del llamado “Quad” —Australia, India, Japón y EE.UU.—, que básicamente se enfoca en garantizar la seguridad marítima de Asia, ante la creciente presencia china. En efecto, la última reunión de los mandatarios de estas 4 naciones se realizó, sin inconvenientes, durante la reciente visita del presidente Biden a Tokio, a finales de mayo.

A nivel del futuro del orden internacional, Shivshankar Menon afirma que el porvenir del orden global no será decidido por las guerras en Europa, sino por la contienda en Asia. Y que, en este contexto, la guerra en Ucrania debería tener una influencia limitada en el futuro del orden global. Cree que la guerra entre europeos afecta la seguridad europea, pero no necesariamente la seguridad global. Insistiendo que en el teatro europeo se observa un show secundario, cree que el principal escenario del drama político mundial estará en Asia. En este contexto, Menon afirma que India le ha manifestado varias veces a EE.UU. que la actual estrategia norteamericana está empujando a Rusia --y también a Irán-- a los brazos de China, y que esto no tiene sentido. Por otro lado, Menon admite, sin embargo, que la guerra ruso-ucraniana solamente puede tener algún impacto fuera de Europa, si EE.UU. se llega a distraer demasiado de su foco en el Indo-pacífico.

Se puede observar entonces que, consciente de que el conflicto ruso-ucraniano está ejerciendo presión sobre algunos postulados y acciones de la diplomacia de Nueva Delhi, esta insiste en mantener sus grados de autonomía en un mundo multipolar. A partir de su creciente peso e influencia internacional, India evoluciona entonces de su histórico no alineamiento, a lo que algunos autores denominan un “no alineamiento 2.0” y otros un multi-alineamiento.

Argentina frente al conflicto ruso-ucraniano y sus consecuencias

La lamentable invasión rusa de Ucrania, ha obligado a Argentina a re-examinar algunos lineamientos, como así también la implementación de su política exterior —incluyendo la relación con Rusia— antes y después del estallido de este trágico conflicto. Adicionalmente, la política exterior argentina enfrenta varios desafíos como consecuencia de esta guerra. Es por ello necesario actuar con una visión clara y con suma atención en varios campos, sin perder de vista ni los intereses nacionales ni los valores democráticos a los que suscribimos.

Henry Kissinger escribió que un hombre de Estado siempre puede escapar de sus dilemas realizando los más positivos supuestos sobre el futuro, pero que uno de sus desafíos es su habilidad de protegerse de las condiciones desfavorables, y hasta de las imprevisibles. Así, Argentina enfrenta condiciones desfavorables y desafíos en lo económico-comercial, en cuestiones energéticas, en cuanto a la gobernanza global, y en lo climático. Por otro lado, el conflicto ruso-ucraniano plantea desafíos de tipo militar y da lugar a analizar algunos potenciales eventos militares a nivel global que sólo podrían

ser considerados imprevisibles, si no se realiza el esfuerzo de estudiarlos y prever sus consecuencias.

Un enfoque que puede ser de utilidad, es analizar qué medidas se han tomado y se deberían tomar a partir de un enfoque de política exterior de horizontes diversos, que propone mantener relaciones positivas y simultáneas con las potencias establecidas, con los nuevos centros de poder —China, Rusia, India, ASEAN—, y con el exterior próximo. Según este enfoque, mientras que en lo económico y comercial no existen —en situación general de paz— limitaciones para desarrollar buenas relaciones con todas las naciones, hay en cambio que tener suma atención al mantener relaciones políticas con gobiernos de naturaleza autoritaria, dado que éstas no comparten nuestros valores democráticos, de la defensa de la libertad y de los Derechos Humanos.

La voluntad de querer tener buenas relaciones económicas con regímenes autoritarios —y hasta en cierto grado políticas—, se limita considerablemente cuando éstas cometen actos de violencia de naturaleza ilegal a nivel internacional. Un ejemplo claro de esto es cuando un régimen autoritario invade otro Estado, como lo ha hecho Rusia en el caso ucraniano. Más allá de las razones y justificaciones —algunas lógicas y/o a su juicio legítimas— que tenga Rusia, y tomando en consideración el daño real y potencial —particularmente en poblaciones civiles— que produce actualmente una guerra conducida con armas de avanzada tecnología, Argentina no puede sino condenar enérgicamente el accionar ruso, denunciando a Rusia en los foros internacionales adecuados, y hasta re-examinando la naturaleza de las relaciones económicas y de carácter tecnológico.

Al concentrarnos en el accionar previo de nuestra diplomacia, es importante señalar el peligro que conlleva la nominación de embajadores con simpatías ideológicas con respecto a los países autoritarios donde se los designa. Como consecuencia, en el caso de Rusia, tanto el embajador actual, como el ex-embajador en Rusia que es hoy vicedirector, no tuvieron ningún problema en no oponerse y hasta en alentar una visita del presidente Fernández a Moscú. En esos momentos Rusia tenía 130 mil soldados en las fronteras de Ucrania y hasta expertos como el historiador escocés Niall Ferguson advertían de una invasión rusa inminente. La opinión de este tipo de embajadores puede deformar peligrosamente la visión de los hechos por parte del canciller y el presidente, especialmente si la formación de éstos en materia internacional es sumamente exigua. En estos tiempos bélicos, esto es algo a tener en cuenta en el caso de China, donde el embajador argentino demuestra en forma constante su admiración por el Partido Comunista Chino.

Al analizar el comportamiento del gobierno argentino luego de la invasión rusa, se puede hablar de un enfoque gradual y medianamente consistente de nuestra diplomacia en su actuación en los foros internacionales relevantes, aunque ciertamente inestable dadas las diferencias ideológicas dentro del oficialismo. Así, el gobierno prefirió en febrero no condenar a Rusia en el ámbito de la Organización de Estados Americanos (OEA). Esto no es incorrecto necesariamente, ya que la OEA debería ser un foro para tratar cuestiones regionales, y en teoría los temas globales deberían ser tratados en foros globales. Por su parte, Brasil tampoco optó por condenar a Rusia en la OEA. Sin embargo, en marzo Argentina optó por apoyar una segunda condena a Rusia, mientras Brasil se abstuvo nuevamente. Asimismo, la Argentina condenó la invasión rusa en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, que un argentino —Federico Villegas— preside. A su vez, también condenó la invasión rusa en la Asamblea General

de la ONU en Nueva York, a pesar de que el ya mencionado vice-canciller intentó, desobedeciendo instrucciones del canciller, minimizar la condena a Moscú. Obviamente Argentina no tuvo la oportunidad de manifestar su condena en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde no participa como miembro no-permanente desde el bienio 2013-2014. Por su parte, Brasil si pudo en este foro manifestar su condena al accionar ruso en Ucrania.

Desde un punto de vista económico-comercial, la invasión rusa de Ucrania ha despertado en ciertos círculos alemanes —según la señal *Deutsche Welle*— un renovado interés por tratados comerciales que le aseguren la provisión de alimentos y materias primas, incluyendo el acuerdo Mercosur-Unión Europea. En efecto, ya hay voces que claman por que Brasil y Argentina puedan suplir el trigo, el maíz y la soja —que Ucrania no podrá venderles—, y que con este fin se flexibilicen las estrictas reglas fitosanitarias europeas. A su vez, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán informó recientemente a *Deutsche Welle* que “Alemania apoya la realización de un ambicioso acuerdo UE-Mercosur por razones geoestratégicas, económicas, de política exterior y sostenibilidad” (14 de marzo de 2022, s.p). También la Federación de Industrias Alemanas ha afirmado que “el gobierno alemán, durante su presidencia del G7, debe enviar una fuerte señal a favor de la apertura de los mercados y el multilateralismo e impulsar la firma de acuerdos comerciales con los países del Mercosur o Australia” (*Deutsche Welle*, 14 de marzo de 2022, s.p). Pero Alemania es consciente de que el acuerdo no progresará mientras Jair Bolsonaro sea presidente de Brasil, dado su particular enfoque con respecto al desafío del cambio climático, y por sus enfrentamientos personales con el presidente francés Emmanuel Macron. Se especula que estas resistencias disminuirán en el caso de que el ex-presidente Lula da Silva sea electo. La diplomacia y el liderazgo argentino deben estar listos para aprovechar esta potencial oportunidad. Sin embargo, recientemente, el presidente francés Macron, en el debate presidencial con su contrincante Marine Le Pen, ha dicho que nunca había apoyado este acuerdo. Obviamente esto debe ser sumamente decepcionante para aquellos funcionarios argentinos que tanto han trabajado para lograr este acuerdo, y se convierte en un obstáculo importante a superar.

El estático status actual del acuerdo Mercosur-UE plantea el desafío de buscar caminos alternativos en lo comercial. Una oportunidad manifiesta es identificar dónde se pueden enviar mayores cantidades de trigo y maíz —impulsadas por los altos precios internacionales—, dado que tanto Ucrania y Rusia representan el 20% de la producción mundial de estos cereales y están teniendo problemas logísticos y de producción. Estos mercados a abastecer, se encuentran en el norte de África, en Medio Oriente y en Asia. Por ello, más que hablar de rentas inesperadas, habría que aprovechar esta inesperada oportunidad para aumentar nuestras exportaciones, en un momento donde no se observan, lamentablemente, motores alternativos de crecimiento y desarrollo.

En lo energético, Argentina ha perdido la posibilidad de aprovechar las oportunidades de negocio en el escenario mundial, a causa de la mayor demanda de gas no ruso, por no haber potenciado e incentivado en su momento la producción y transporte de gas natural. En consecuencia, si debe sufrir el impacto en su balanza comercial, debido a las importaciones de gas que se deben realizar y a la suba de su precio internacional. Eso no quiere decir que sea ya tarde para maximizar las capacidades de producción, transporte e industrialización de gas en el país. En efecto, se le debe dar extrema prioridad, especialmente por sobre los proyectos existentes para comprar usinas

nucleares llave en mano. En efecto, el empleo de usinas nucleares en Argentina —parte de una verdadera política de Estado— ha tenido siempre dos justificaciones estratégicas: a) el generar energía, 2) el dominar la tecnología asociada a esta compleja y sensible fuente de energía. La compra de una usina llave en mano, independiente del país que la suministre, no cumple con este segundo y crítico requisito.

En cuanto a la gobernanza global, Argentina debe apoyar y buscar mejorar las instituciones y foros del sistema multilateral actual, mediante una participación positiva. Para una potencia media que procure implementar una política exterior de horizontes diversos —mantener relaciones positivas y simultáneas con las potencias establecidas, los nuevos centros de poder (China, India, ASEAN), y el exterior próximo— es crítico participar en las reuniones de trabajo y procesos de decisión que afecten al sistema global y por ende a nuestro país. Por ello no está en el interés de Argentina separar el mundo en dos: democráticos o autoritarios u Occidente versus el resto. Si esto fuera llevado al límite nos podríamos encontrar con que el sistema multilateral actual podría llegar a ser reemplazado por dos sistemas semi-multilaterales, lo que no sería positivo para nuestros intereses.

Así, Argentina no debe renunciar a participar o a ser protagonista en el sistema de la ONU —como lo hace actualmente en lo nuclear y en DD.HH.—, ni a actuar en forma proactiva y constructiva en los foros de gobernanza y convivencia global como el G20. En este sentido, sería positivo volver a ocupar una posición de miembro no permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, sitio que Argentina no ocupa desde el período 2013-2014. A su vez, sería conveniente que la posición de Argentina en cuanto a conflictos militares o políticos extracontinentales, se exprese en los organismos globales adecuados.

El dar preferencia a la participación de Argentina en el actual sistema multilateral, en vez de en dos potenciales sistemas semi-multilaterales, se hace muy necesario en el caso de los temas ambientales. El desafío de reducir las consecuencias negativas del cambio climático, es el que más necesita de una sólida cooperación global, y un mundo dividido en dos no sería el mejor enfoque para tratar este reto. Por ello, Argentina debe participar en los foros regionales y globales multilaterales que abordan el tema climático, incluyendo la conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático, que este año se realiza en Egipto (COP 26).

Del punto de vista militar, ante la inesperada y sorpresiva reaparición de un conflicto armado en Europa, y conscientes de estar en una “zona de paz” en el cono sur —con la excepción de las islas Malvinas—, quizás haya llegado el momento de actualizar aspectos de nuestra política de Defensa. Así, dentro de una estrategia consensuada y acordada, un desafío mayor para la clase política argentina será examinar con pragmatismo como aprovisionarse de equipamiento militar avanzado, ante el veto constante británico a la compra de equipamientos que tengan componentes de ese origen.

En cuanto a potenciales eventos militares, luego del sorpresivo impacto de un conflicto ruso-ucraniano en el siglo XXI, Argentina debe reflexionar sobre qué debería hacer en caso de una potencial invasión china de Taiwán. Más allá de que esto sería una peligrosa escalada en el enfrentamiento EE.UU.-China, Argentina debe considerar seriamente cuáles son sus opciones ante este potencial hecho bélico. Este es un caso

delicado desde el punto de vista legal a nivel internacional ya que sólo China es aceptada y reconocida por Naciones Unidas. Como primer paso en la transición de reconocer a la China comunista en vez de a la China nacionalista de Taiwán —bajo Chiang Kai-Shek—, la ONU reconoció a la China comunista en 1971, como a la única China. Más tarde, y luego de las memorables visitas de Kissinger y Nixon al país asiático en 1972, se llegó al sabiamente ambiguo comunicado de Shanghai. En él, se expresarían dos interpretaciones diferentes de la política de “Una sola China”. Los chinos afirmaron que Taiwán era un asunto interno de China en el que ningún país extranjero tenía derecho a intervenir. Por su lado, EE.UU. expresaría que todos los chinos a ambos lados del estrecho de Taiwán afirmaban que existía una sola China y que Taiwán era parte de China. El paso final fue el reconocimiento de China comunista por parte de EE.UU. en 1979, y el fin de su reconocimiento de la China nacionalista en Taiwán. Por lo tanto, Taiwán no es reconocida por el sistema internacional. Una prueba de esto es que cuando Taiwán alertó a la Organización Mundial de la Salud (OMS) en forma muy temprana sobre el fenómeno del Covid 19, la OMS no tomó en cuenta esta advertencia porque Taiwan no era miembro de la ONU. Por otra parte, la mencionada política de “Una sola China” (*One-China policy*), no debe ser confundida con la fórmula de “Una China, Dos sistemas” propuesta por Deng Xiaoping a Gran Bretaña y Portugal ante las devoluciones de Hong Kong y Macao (1997 y 1999). Estos “dos sistemas” —el democrático en Hong-Kong y Macao, y el comunista en el resto de China—, debían convivir por lo menos 50 años. En resumen, una sola China es reconocida legalmente, y dado que un ataque de China a Taiwán no sería ilegal internacionalmente, la Argentina debe meditar con profundidad sobre qué posición tomaría ante este potencial evento.

Ante este mundo en presencia de un grave conflicto militar, Argentina debe replantear aspectos de su política exterior y reflexionar sobre cómo actuar ante algunas condiciones desfavorables, además de meditar sobre las consecuencias de potenciales conflictos militares que hasta hace poco eran imprevisibles.

Elementos comunes y diferencias en las reacciones ante el conflicto

Ante este penoso conflicto, un elemento común que se observa es la voluntad por preservar o aumentar los grados de autonomía en un escenario de creciente rivalidad entre EE.UU., por un lado, y China y Rusia por el otro, aunque no siempre con éxito. Ejemplo de esto es una UE que procura aumentar sus gastos de defensa y su nivel de autonomía. Pero mientras no pueda intervenir con autoridad en las decisiones de tipo militar —en manos de EE.UU. — con respecto al conflicto ruso-ucraniano, no será realmente soberana. Por otro lado, la UE intenta disminuir en forma drástica su dependencia de Rusia en cuanto a energía. A su vez la UE pretende eludir el tener que elegir entre EE.UU. y China, y evitar esta decisión “radical, binaria, exclusiva y desastrosa”. Por su lado India busca mantener su autonomía en base a su creciente nivel de poderío y a través de un “no-alineamiento 2.0”, o un multialineamiento en un mundo multipolar. Por su parte, Argentina se mueve hoy sin demasiada coherencia o claridad conceptual, evitando confrontar con EE.UU., no empujando para tener una relación más cercana con Europa (acuerdo Mercosur-EU), y procurando convencer a China, India y a Rusia para que le den acceso al Grupo BRICS. Estas iniciativas parecen reflejar algunas tensiones internas en materia de política internacional dentro de la coalición gobernante, más que una visión determinada.

El mantener estos grados de autonomía, sin embargo, no es una tarea sencilla, ya que los márgenes de maniobra no tienden a ser amplios. Es por ello que escuchamos expresiones como avanzar por un “camino estrecho”, por un “estrecho sendero”, por “un desfiladero”, o por una “cuerda floja” entre dos o más polos de poder. Este desafío requiere toda la energía y sofisticación de las respectivas Cancillerías.

En este escenario, la forma de reaccionar ante la invasión rusa a Ucrania ha sido diferente. Sabemos que EE.UU. ha condenado la invasión en el Consejo de Seguridad de la ONU, mientras que Rusia ha ejercido su poder de veto, y China se abstuvo, pidiendo sin embargo “salvaguardar la soberanía e integridad de Ucrania”. En este contexto, la UE ha condenado enérgicamente la invasión, tanto en el Consejo de Seguridad de la ONU —Francia, Irlanda, Estonia, EE.UU.—, como en la Asamblea General, aunque inicialmente no tenía posiciones idénticas a las de EE.UU., pero conscientes de la importancia del apoyo militar de EE.UU. para su seguridad. Por un lado, India optó curiosamente por no reconocer ni la guerra ni al agresor. Por otro lado, Argentina, luego de algunos titubeos internos y alguna presión externa, finalmente condenó la invasión en la Asamblea General.

Asimismo, un aspecto donde se aprecian diferencias es con respecto a la urgencia con que se finalice la guerra. Tanto la UE, como India y Argentina quieren y manifiestan que se termine con este conflicto armado lo más pronto posible. Mientras, Rusia no parece querer o poder dar un paso atrás, y EE.UU. parece dispuesto a pelear “hasta el último ucraniano”. Ante esto, la posición china parece ser más ambigua, ya que tiende a beneficiarse de las consecuencias geopolíticas y militares de este conflicto.

Bibliografía

- Acheson, D. (1969). *Present at the Creation*. New York: W. W. Norton & Company.
- Aron, R. (1962). *Paix et Guerre entre les Nations*, Paris, Calmann-Lévy.
- Blinken, A. (26 de enero de 2022). «Remarks at press briefing room», State Department, Washington.
- Brzezinski, Z. (1997): *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, New York: BasicBooks.
- Carmody, P. (2014). *Buscando Consensos al Fin del Mundo. Hacia una Política Exterior Argentina con Consensos (2015-2027)*, Buenos Aires, CARI - Konrad Adenauer Stiftung.
- Der spiegel (19 de febrero de 2022). «Die Weltkrise», Hamburg.
- Der spiegel (26 de febrero de 2022a). «Da können Moskaus Generäle nur lachen», Hamburg.
- Der spiegel (26 de febrero de 2022b). «Das würde ich sogar beedien», Hamburg.
- Der spiegel (5 de marzo de 2022). «Reise zum Mars», Hamburg.
- Der spiegel (9 de marzo de 2022). «Frank-Walter Steinmeier: das tut weh», Hamburg.
- Deutsche Welle (14 de marzo de 2022). Guerra en Ucrania pone sobre la mesa el acuerdo UE-Mercosur. *En línea*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/guerra-en-ucrania-pone-sobre-la-mesa-el-acuerdo-ue-mercosur/a-61121851>

- European Council (21 de marzo de 2022). «A Strategic Compass for a stronger EU security and defence in the next decade», *Press release*, Brussels.
- Fergusson, N. (9 de enero de 2022). «Will Russia invade Ukraine in 2022? », *Fahrid Zakaria GPS*, CNN, New York.
- Fergusson, N. (3 de abril de 2022). «Seven Worst-Case Scenarios From the War in Ukraine», *Bloomberg*, New York.
- Fischer, J. (17 de marzo de 2022) «Die Europäer haben begriffen: Es geht gegen uns insgesamt», *Stern*, Hamburg.
- Fischer, J. (2018). *Der Abstieg des Westens- Europa in der neuen Weltordnung des 21. Jahrhunderts*, Köln, Kiepenheuer & Witsch.
- Kennan, G. F. (1967). *Memoirs 1925-1950*, New York: Little, Brown & Company.
- Kennan, G. F. (1984). *American Diplomacy*, Chicago: U. of Chicago Press.
- Kennan, G. F. (2 de mayo de 1998). «George Kennan interview», *The New York Times*, New York.
- Kissinger, H. A. (1994). *Diplomacy*, New York: Simon & Schuster.
- Kissinger, H. A. (5 de marzo de 2014). «To settle the Ukraine crisis, start at the end», *The Washington Post*, Washington.
- Mackinder, H. (2002). *Heartland: Three Essays on Geopolitics*, New South Wales: Spinebill Press
- Mahubani, K. (2008). *The New Asian Hemisphere. The Irresistible Shift of Global Power to the East*, New York, Public Affairs.
- Mearsheimer, J. (2014): «Why the Ukraine Crisis is the West's Fault», *Foreign Affairs*, Sep-Oct 2-14, New York.
- Mearsheimer, J. (14 de abril 2022). «Who Gains the Most from Ukraine-Russia War and What can end Putin's Assault», *Crux*, India.
- Menon, S. (2022): «The Fantasy of the Free World. Are Democracies Really United Against Russia?», (4/4). *Foreign Affairs*, New York.
- Schmidt, H. (2008). *Ausser Dienst - Eine Bilanz*, München: Siedler.
- Tharoor, S. (29 de marzo de 2022). «Bit of dancing on tightrope: India's stand on Ukraine crisis», *Business Standard*, New Delhi.
- Tharoor, S. (2012). *Pax Indica. India and the World of the 21st Century*, New Delhi: Penguin Books.
- Tennyson, A. L. (9 de diciembre de 1854). «The Charge of the Light Brigade», *The Examiner*, London
- Tolstoi, L. (1998) *War and Peace*, New York: The Modern Library.
- Vedrine, H. (2022). *Une Vision du Monde*, Paris: Bouquin-La Collection
- Von Clausewitz, C. (1993). *On War*, London: Everyman's Library.
- Von Dohnanyi, K. (2022). *Nationale Interessen*, München: Siedler.